

La **enseñanza sagrada** del

Antiguo Egipto I

Claves para entender su religión y
filosofía sobre la vida y la muerte

Prólogo de **Javier Sierra**

Sebastián Vázquez



LA ENSEÑANZA SAGRADA DEL ANTIGUO EGIPTO I

**Claves para entender su religión y
filosofía sobre la vida y la muerte**

Prólogo de JAVIER SIERRA

SEBASTIÁN VÁZQUEZ

[.\(www.enseñanza-sagrada-egipto.guiaburros.es\)](http://www.enseñanza-sagrada-egipto.guiaburros.es)

Sobre el autor



Sebastián Vázquez ha estado vinculado al mundo del libro durante más de treinta años. Fue editor durante veinte años y director de *Arca de Sabiduría*, colección especializada en textos clásicos de las religiones y filosofías de Oriente. Ha colaborado en distintos medios de comunicación y actualmente imparte cursos y seminarios sobre el pensamiento heterodoxo y religiones, especialmente la egipcia.

Es autor de *El Tarot y los dioses egipcios*; *Enseñanzas de la Tradición Original*; *GuíaBurros: La salud emocional en tu empresa*; *GuíaBurros: Cómo perjudicarse a uno mismo*; *GuíaBurros: Budismo*; *GuíaBurros: Cuentos de Oriente para Occidente*; *GuíaBurros: La sabiduría de las grandes religiones*; *GuíaBurros: Espiritualidad y autoayuda*; *GuíaBurros: El Camino de Santiago y el juego de la Oca*, *GuíaBurros: La impostura de la nueva era* y *GuíaBurros: Hinduismo*. Es coautor junto a Ramiro Calle de *Los 120 mejores cuentos de la tradición espiritual de Oriente* y *Los mejores cuentos de las tradiciones de Oriente* y, junto a Esther de Aragón de *Rutas Sagradas* y *GuíaBurros: Rutas por lugares míticos y sagrados de España*. Es autor de las novelas *Por qué en tu nombre* y *El karma del inspector*

González.

Desde hace algunos años organiza viajes por España y otros países como parte integrante de los cursos que imparte, especialmente a Egipto para profundizar en su religión y enseñanzas desde la perspectiva de la tradición espiritual y del pensamiento esotérico. Su *blog* es:
Tradicionoriginal.com

Agradecimientos

Agradezco a las buenas gentes de Egipto, a sus paisajes, a sus templos, tumbas y pirámides, a su Nilo y a su desierto; agradezco a sus mangos, a sus shisas, a su pan, a sus palmeras y sus dátiles, a sus amaneceres y atardeceres y, especialmente agradezco a las sonrisas de sus niñas y niños y a sus ojos llenos de luz e inocencia. También agradezco a todas las personas que he llevado a Egipto en estos años a compartir la sacralidad impactante de su enorme legado y los instantes plenos de vida en mercados o cafetines o navegando serenamente por el Nilo. Y, como no, a todos los grandes profesionales y mejores personas del equipo; a Tito, a los dos Mohamed, al “largo” y al “niño”, a Pepe, a Hosann, al señor Alí, y un agradecimiento especial al gran Ragab, hermano y amigo. Naturalmente no podían faltar ni la “faraona” María Rosa —gracias por todo— ni mi “compi” Mari Conchi, almas mater de Viajes Aladino. Me resulta difícil pensar que alguien sea capaz de preparar un viaje a Egipto mejor que ellas. Cuantas risas, sol, cansancio y hermosura hemos compartido.

A Javier Sierra por compartir el amor a Egipto y por haber tenido la amabilidad de hacer el prólogo. A Nacho Ares que me ayudó en los comienzos con su experiencia y conocimientos.

A Katia, hermana mía, poseedora de las llaves de Egipto y a todos los Amigos que compartimos el templo de Luxor. Y agradecimiento eterno al Maestro que me mostró la entrada y me abrió la puerta.

Y a Pepa, Nubia, Santi, Miranda, Erika, Lucas, Lía, Lalo,

Raquel, Dani, José Mari, Marta, Dani... la familia amada e imprescindible en mi vida. Y a los demás amados que ahora moran en los Campos de Ialu especialmente a mis padres.

Prólogo

Al fin, un manual de instrucciones del Antiguo Egipto

Por **Javier Sierra**

Hay lugares que ejercen una constante y profunda atracción sobre nosotros. No son muchos, pero cada vez que se cruzan en nuestro camino encienden algo en nuestro interior. Al contemplarlos alientan una especie de nostalgia que nos llama; una fuerza, una melodía vagamente familiar, amable y cómoda, que tira de nosotros.

¿No la has sentido en algún momento?

Piénsalo bien.

Si lo analizamos con la razón, terminaremos atribuyendo esa sensación a la influencia que los medios de comunicación o las lecturas ejercen sobre nosotros. Quizá incluso al impenitente bombardeo de imágenes en redes sociales que nos muestran siempre los mismos lugares hermosos del planeta. Pero sería un error reducirlo a eso.

Te pondré un ejemplo: Egipto.

¿Cuántas veces has soñado con conocerlo? ¿En cuántas ocasiones te has perdido en las páginas de una revista, recorriendo con la imaginación el Valle de los Reyes, Abu Simbel, la meseta de Giza o el templo de Luxor?

Mucho antes de que existiera el cine, la televisión, la fotografía o siquiera la imprenta, esos mismos lugares ya

estaban en boca de todos. Y no era solo por su innegable belleza. Alejandro Magno los conquistó. Los romanos los convirtieron en provincia de su imperio. Los árabes los invadieron, y tras ellos fueron sometidos por turcos y franceses. Las historias de sus templos y pirámides, de sus dioses y sus sabios, de su río y de sus desiertos, impregnaron la imaginación de generaciones enteras de humanos que peregrinaron a sus costas o ambicionaron el dominio de su cultura. Mucho antes de que compraras esa revista, Egipto fue considerada la madre de todo y de todos. Sus pirámides se tomaron como el epítome del misterio. Sus historias, la fuente de la que beber en tiempos de tribulación.

¿Sabes? Hay algo atávico tras ese magnetismo. En una época como esta, tan marcada por lo material y por el imperio de lo científico, el Nilo sigue atrayendo a cientos de miles de personas cada año. Algunas creen que su interés es meramente turístico. Hacerse un *selfie* junto a la Esfinge, o tal vez cerca de la máscara de Tutankamón en el Museo del Cairo, parece su máxima aspiración. Sin embargo, al caminar varios días entre jeroglíficos e imágenes divinas, hasta los más distraídos se ponen en contacto con un mundo en el que la visión espiritual y el anhelo de trascender a la muerte termina por ocupar sus mentes. Los sueños se les llenan de visiones. Se les eriza la piel cada vez que escuchan ciertos nombres, e incluso se descubren hablando de asuntos como el más allá o la inmortalidad con una naturalidad pasmosa.

Llevo años viendo esa clase de metamorfosis. No hay viaje que haga al Nilo en el que alguien no termine confesando que haber puesto el pie allí ha sido la experiencia más importante de su vida. Y aunque el Egipto que esas personas contemplan no es ni la sombra de lo que fue, su

efecto sobre la percepción se parece mucho al que experimentaron otros peregrinos de la antigüedad. Nadie vuelve indemne de un viaje así. Y quizá el secreto descansa en lo que cuenta este libro.

Sebastián Vázquez examina aquí, con mirada limpia y verbo claro, el sistema de creencias del pueblo que levantó aquellas maravillas. En sus páginas descubrirás que lo hicieron porque sabían que su tierra era el reflejo del cielo. Que sus riveras eran el eco de la Vía Láctea y sus dunas un retumbo de las negras inmensidades de la tierra cósmica de sus dioses. Pero, sobre todo, comprenderás que la clave para lograr la felicidad y la comprensión de nuestro lugar en el mundo consiste en tener cerca a Maat, la diosa del equilibrio. Leerás que los constructores de pirámides nunca le dedicaron un templo porque su energía estaba en todas partes. Y que cuando desarrollaron su curioso sistema de escritura recurrieron a las aves, a los amaneceres, a los panes o a los instrumentos que tenían a mano porque, de algún modo, los dioses también utilizaban todas esas cosas para comunicar sus mensajes a los mortales.

Egipto, créeme, es la más poética de las civilizaciones que haya existido jamás. La más sublime. La mirada de sus gentes siempre percibió el lado trascendente de la vida y fue ésta la que empapó de fe —¡qué palabra!— todas sus creaciones.

No son muchos los libros sobre esa cultura que recojan esa intención y sepan explicarla, pero éste es uno de ellos. Sebastián —a quien conozco desde hace años y me ha regalado algunas de las mejores conversaciones que he tenido sobre el alma de Egipto— ha construido una suerte de “manual de instrucciones” del país. Al escribirlo se ha acercado mucho a lo que yo, hasta ayer, consideraba casi

imposible: explicar por qué Egipto nos atrae como lo hace. Aunque lo que verdaderamente impresiona de este tratado es descubrir en sus líneas que ese magnetismo nace de un diseño premeditado, creado para no dejar una sola alma sin tocar. Un diseño justo y eterno.

A partir de ahora, si decides sumergirte en este “manual” y hacerte consciente de por qué Egipto vive en ti, esa íntima sensación de atracción se convertirá en una sonrisa permanente en tu interior.

Es Maat. No lo olvides.

Javier Sierra

Madrid, invierno de 2022

Nota previa al lector

Esta obra tiene el propósito de acercar al lector la cultura egipcia desde la perspectiva de la trascendencia y, a partir de esta mirada, abordar dioses, tumbas, templos, ceremonias o jeroglíficos de un modo diferente al habitual. La forman tres libros siendo este el primer volumen. El segundo versará principalmente sobre el faraón, los templos, las ceremonias iniciáticas y el uso de *heka*, la magia. El tercero tratará sobre jeroglíficos y simbología.

He procurado ser sintético y didáctico por lo que muchas ideas están solamente esbozadas, sin embargo la lectura del contenido de cada uno de los libros complementa y aclara conceptos presentes en los otros. Las informaciones e hipótesis de esta obra están tomadas y construidas a partir de distintas fuentes que incluyen estudios y datos

aportados por la egiptología, la enseñanza contenida en sus papiros, textos de autores clásicos como Heródoto, Jámblico o Plutarco y de relatos, cuentos y tradiciones algunas transmitidas oralmente aún hoy. Otras fuentes importantes son el legado del enorme patrimonio de conocimiento que nos han dejado las distintas religiones y filosofías que recibieron “herencias” del antiguo Egipto, incluidas las religiones místicas, las órdenes iniciáticas o el esoterismo clásico¹.

Bienvenida

A mediados del siglo XIX el ingeniero francés Prisse D´Avennes compró en Luxor un papiro. Este papiro contenía *Las máximas de Ptahhotep*, un texto que hoy está considerado como el libro más antiguo del mundo ya que data de la V dinastía faraónica, es decir, de unos 2500 años a. de C. Ptahhotep, cuyo nombre significa “la paz de Ptah”, fue un sabio visir que escribió estas máximas de contenido filosófico y moral antes de morir a los 110 años de edad.² Esta práctica de transmitir enseñanzas de sabiduría para iluminar e ilustrar a las generaciones futuras, se consideraba entonces un deber del cargo. Se sabe que este libro permaneció vigente como texto de enseñanza hasta el siglo VI en el que se perdió frente al empuje del islam. Una vez hallado casualmente por Prisse, se tradujo por vez primera en 1956 y se dio a conocer al mundo.³

Traigo a colación esta obra porque evidencia dos cosas: por un lado la tremenda actualidad de la sabiduría de Pathhotep dado que muchas máximas suyas son tan aplicables hoy como hace más de 4000 años; la segunda es que todo el texto desprende un conocimiento de una altura extraordinaria en el que la idea de trascendencia es el

soporte y base de la ética que enseña.

Comprender que en el Egipto faraónico todo estaba impregnado del contenido metafísico de su religión, es imprescindible para acceder a su cultura y a su pensamiento. Hoy este acceso lo hace la egiptología por medio de los datos históricos de faraones, dinastías, fechas, etc., pero nos llega también mediante el frío estudio que convierte a una religión milenaria provista de su espiritualidad, filosofía y sentido de la trascendencia en una suerte de relato mitológico.

Sin embargo tratar de entender la cultura egipcia desde nuestra perspectiva contemporánea de una civilización basada en la tecnología o hacerlo desde una visión materialista del hombre y el mundo, o partiendo de la herencia de un marco cultural y religioso judeo-cristiano, es una tarea que se torna irrealizable. La egiptología, en su terreno de acción y conocimiento, realiza un trabajo riguroso, de gran mérito y valioso que ha permitido avanzar mucho en la comprensión de esta extraordinaria cultura. Sin embargo, esta perspectiva racionalista y “científica” resulta incompleta pues está justo en el lado opuesto del pensamiento egipcio. Ellos eran un pueblo que por encima de cualquier otra circunstancia entendía que todo estaba impregnado del sentido de **trascendencia**. Dicho de otro modo, esta existencia era interpretada y vivida **en aras a la otra vida, la vida eterna**.

Lo que nosotros llamamos vida, y que ellos definían como existencia, la entendían como un segmento dentro de otra vida, mucho más amplia y completa. Esta vida “total” se representaba con el famoso y popular jeroglífico *ank* un concepto que trascendía la existencia orgánica. *Ank*, debe ser traducido como “viviente”, es decir, como aquello en lo

que se encarna la vida y se expresa en una función. *Ank* expresa lo que **es** y lo que **existe**⁴ y muestra el lazo de unión entre ambos.

***Ank* muestra lo “viviente” referido a este mundo y al otro.** Para representar lo que está vivo exclusivamente en el plano físico usaban el jeroglífico de una liebre.



Ank, el circuito representación de lo “viviente”

Hoy resulta recurrente que la mirada habitual a este pueblo ofrezca la idea de que estaban obsesionados con la muerte, que adoraban a docenas de dioses extraños y que fueron capaces de edificar gigantescos edificios y excavar enormes tumbas. A la vez se les valora como unos constructores magníficos, como excelentes artistas y como un pueblo que logró, para la época, una civilización espléndida y respetada. Si añadimos a todo esto un reciente pasado